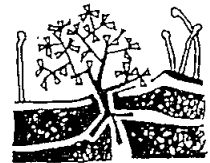


## EL ESTOICISMO: ¿UNA FILOSOFÍA PRACTICAL?



CATALINA  
LÓPEZ  
Universidad  
Nacional

**Abstracción:** El objetivo del artículo es mostrar cómo a pesar de considerarse una corriente práctica, el estoicismo limita, a través de su sistema interno, la intervención de la acción humana. El artículo pretende enfocar una posible contradicción que afrontaría el estoicismo, al afirmar que la búsqueda de la felicidad se debe situar en el campo de la acción. Para ello, se hace un recorrido sucinto por el sistema estoico, intentando enlazar los términos: *felicidad, libertad, acción, naturaleza y Providencia*, para demostrar, mediante este enlace, el inevitable constreñimiento al que se ve sometida la acción humana, como una acción autónoma.

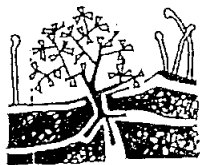
**Abstraction:** The purpose of the article is to show how even though it is considered a practical stream, Stoicism limits through its internal system, the intervention of human action. The article pretends to focus on a possible contradiction that Stoicism would approach when it affirms that the seeking of happiness has to be placed in the field of action. In order to do it, a brief reading over the stoic system will be done, trying to tie up the following terms: *happiness, freedom, reason, nature and Providence*, to demonstrate, by means of this connection, the unavoidable constraint that human action is subject to, as an autonomous action.

Atenas se encuentra en decadencia. Los hombres cultos se esconden detrás de su ciudad en ruinas. Cansados de la guerra y la invasión; buscan una salida de emergencia.

Nace el estoicismo.

Aunque el estoicismo se interpreta generalmente como un modo de vida, ¿es posible sostener que no es una doctrina práctica? En el mundo estoico resultaba de gran importancia responder a la pregunta: ¿cómo se debe vivir? El estoicismo, en tanto corriente filosófica, se preocupó principalmente por responder a los asuntos morales. Esta concepción invita al individuo a encontrar la felicidad. Con este fin, la ética estoica se sirve de numerosos artificios, a partir de los cuales teje una red en la que finalmente el hombre queda atrapado, sin ninguna otra oportunidad que actuar conforme a la naturaleza. Así, toda acción y todo lo perteneciente al mundo terreno corresponden a un orden preestablecido, incorruptible e inalterable, en donde las cosas no son ni buenas ni malas, simplemente, cumplen su función. Y tal orden debe ser seguido para alcanzar la felicidad.

Si se puede demostrar una relación de consecuencia entre los términos: felicidad, libertad, razón, naturaleza y Providencia, sin corromper las concepciones estoicas y su discurso filosófico, entonces resultaría problemático hablar del estoicismo como una doctrina práctica.



<sup>1</sup> Épictète. *Entretiens*, IV, V, 15 (el subrayado es mío).

<sup>2</sup> Jean Paul Sartre, *L'existencialisme est un humanisme*, Collection *Pensées*, Les éditions Nagel 48, p. 37.

Todos los hombres buscan la felicidad. No obstante, desde el punto de vista estoico, ésta no es una recompensa, un atribución o un privilegio que los dioses le otorgan al hombre. En efecto, en esta corriente filosófica no hay cabida para una idea de Hades. Ante la muerte nada del ser personal sobrevive. Por lo tanto, la felicidad debe buscarse en un plano terrestre, pues la muerte no abre las puertas de ésta, en la medida en que no es más que la dispersión del ser (cuerpo y alma) y su regreso a la naturaleza como totalidad.

Así, la felicidad se expresa como un absoluto imperturbable -caracterizado por ser inconmensurable, estable y puro (a diferencia del placer)- que debe buscarse, realizarse y mantenerse en el tiempo terrestre. No obstante, parece claro que el hombre no debe desterrar la búsqueda de la felicidad a un futuro ilusorio, ni pretender encontrar en los recuerdos del ayer ese bien tan anhelado. El pasado y el futuro, la nostalgia y la esperanza, no engendran más que frustraciones. De esta manera, el único ámbito realmente fértil para la búsqueda de la felicidad es el presente, el tiempo actual en el que se realizan las acciones.

La felicidad se convierte entonces en menester de la acción, y debe estar imbricada en el momento y en las acciones que se ejecutan. De hecho, el tiempo para los estoicos es inconsistente, no posee realmente *corpus* alguno. El tiempo adquiere significado por la acción que se desarrolla en él y es ésta la que define sus parámetros. En efecto, la única manera de aprovechar el tiempo e impedir su huida es la intervención del hombre con sus actos. Esta intervención estabiliza y retiene al tiempo, adaptándolo a las características del acto que se ejecuta en él. Así pues, el hombre es un ser temporal e imperfecto que debe escapar de la pasividad, teniendo en cuenta que ésta sólo le permitiría dejarse llevar por el curso del tiempo y de las cosas. El estoicismo deja relucir en este punto su valor práctico, en la medida en que actuar le posibilita al hombre no sólo evitar observar el paso del tiempo (quietismo), sino verdaderamente inmovilizarlo y poseerlo en el momento mismo de la acción.

La felicidad debe buscarse entonces en un tiempo "estático" o inmovilizado por la acción. Ésta se manifiesta entonces como un atributo concedido en el presente a quien, con su participación activa en él, sabe vivirlo intensamente. La felicidad es para cada ser el desarrollo y la afirmación de su naturaleza o de su esencia. La felicidad es el fin supremo de la voluntad y por lo tanto, de las buenas acciones. Se manifiesta como una virtud que, en realidad, es la síntesis de todas las otras, puesto que éstas concurren al bien verdadero del individuo. «El hombre es infeliz cuando ha perdido lo que es propiamente suyo»<sup>1</sup>; pero, ¿qué hace que un hombre sea hombre? ¿Cómo asegurarle su naturaleza para que pueda encontrar la felicidad? Para los estoicos, lo propio del hombre es la libertad que tiene sobre sus facultades; es decir, la posibilidad de control sobre todo lo que lo caracteriza como hombre. De esta manera, la felicidad equivaldría a una libertad bien usada.

La naturaleza del hombre se identifica, en esta corriente filosófica, con el ser libre. Esta libertad humana puede entenderse como la tendencia a una autoafirmación del hombre que le permitiría alcanzar la felicidad. Sin embargo, la libertad tiene un carácter total; es decir, la libertad es total o simplemente no es libertad. Tal concepción no admite términos medios, la libertad es un absoluto, así como en el existencialismo

sartriano, en donde el hombre está «condenado a ser libre»<sup>2</sup>. Las cosas y las situaciones no son un obstáculo en sí, sino en función del proyecto o deseo que se pretende con ellas.

Para no confundir la libertad absoluta de los estoicos con una propuesta anárquica, es necesario distinguir la libertad verdadera de la arbitrariedad. Una voluntad que sigue todos los deseos y cede tanto a los impulsos interiores como a las solicitudes exteriores, no puede llamarse libre. Por el contrario, aquí se estaría ante una voluntad alienada que no podría enseñar de modo alguno su esencia. La libertad no consiste, en un pensamiento estoico, en querer que las cosas sucedan como se desean sino como suceden. En efecto, «el hombre libre, es aquel al que todo adviene según su voluntad, aquel a quien nadie puede obstaculizar.»<sup>3</sup> La libertad auténtica para un estoico radica entonces en la «impasibilidad ante lo que proviene de una causa exterior, justicia en los actos cuya causa está en [el hombre], o sea determinación y acción que tienen por límite el interés común, que es el [del hombre] de acuerdo con la naturaleza.»<sup>4</sup> Esta verdadera libertad se encuentra entonces suscrita por reglas, es una libertad normatizada que rechaza todo lazo con el exterior, respondiendo así a una necesidad intrínseca. Surge entonces la pregunta: ¿quién impone esta normatización? A partir de esta consideración, es lícito pensar que la razón es un elemento central del sistema estoico, al ser la ley interna de la libertad. En efecto, para ser libre es necesario una autoafirmación del hombre. Resulta claro que ni el cuerpo, ni las facultades, ni los deseos le hacen ser al hombre lo que es. Desde un punto de vista estoico, sólo la razón caracteriza realmente al hombre, ya que es un elemento común pero a la vez autónomo, y que permite sin contradicciones una relación de lo individual con lo universal. Así, ser libre consiste en obedecer a la razón.

La razón es la facultad primordial del hombre y hace parte de la «suprema razón», que es la que constituye el alma del mundo. La razón, a la vez que es un elemento del cosmos, es un microcosmos ella misma. Para los estoicos, el logos era el principio de razón en el cosmos, el principio vital (logos o pneuma), el «hálito inteligente» que da vida y mantiene la unidad de las cosas.

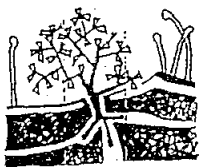
De este modo, la doctrina estoica combina el panteísmo con el monismo, porque el logos inmanente en el universo es «uno», es una fuerza racional, un principio demiúrgico que hace al mundo razonable. La razón universal es la que establece y decreta todas las funciones y roles que juegan las cosas en el universo; las dota de sentido, por lo cual, todo cuanto ha sido dispuesto se encuentra correctamente en su espacio y papel determinados.

Así, el hombre es libre cuando actúa de acuerdo a la razón que da sentido a las cosas que le rodean, y para ello, se sirve de la propia razón de la que ha sido dotado y que de ninguna manera se extrae de aquella universal que ya hemos mencionado. Por otra parte, al estar dotado de esta razón que le es propia, el hombre pretende tener libertad sobre sus elecciones, saberes y acciones. La razón determina, según los estoicos, tanto el contenido como la forma de la voluntad. Para ello, todos los hombres poseen algunas *preconceptos*, es decir, algunos principios generales morales, ya sea desde el nacimiento o desde la infancia. El hecho de no aplicar estos *preconceptos* en los casos particulares es lo que lleva al hombre a ser infeliz.



<sup>3</sup> Épictète, *Entretiens*, I, XII, 9.

<sup>4</sup> Marco Aurelio, *Pensamientos*, X, 31.



<sup>5</sup> Ver: *Entretiens*, I, XIV, 1-6.

<sup>6</sup> Marco Aurelio, *Pensamientos*, IX, 50.

<sup>7</sup> Chretien Claude, *Textes Philosophiques*, Hatier.

<sup>8</sup> Crisipo, *De la Providencia*.

Por lo anterior, es posible concluir que, en últimas, para ser feliz es necesario abandonarse a las leyes de la naturaleza, pues sólo en ellas se encuentra lo que es razonable. Así, el comportamiento racional, que a la vez permite la libertad y, en últimas, la felicidad, se encuentra inscrito en la naturaleza. Como la razón universal anima todo lo existente, no se la puede alejar de la concepción de la naturaleza.

La naturaleza es la fuente intelectual de la que todo dimana; es un cosmos, un conjunto ordenado y coherente animado por el logos, la razón soberana. Cada uno de sus elementos constitutivos adquiere un fin y un lugar preciso y armónico en el todo. En efecto, la naturaleza se manifiesta como una red en la que cada nudo es necesario y juega un papel específico en la totalidad. Así, todos sus elementos se encuentran relacionados y adaptados unos con otros. Para los estoicos, «el mundo es una simpatía universal»<sup>5</sup>. Todos los elementos del mundo se encuentran en correspondencia, en afinidad entre ellos. Sobre todo, están ligados por un orden causal que es el orden de sucesión en el tiempo, en donde todos los elementos desaparecen para que otros nuevos aparezcan. «La naturaleza del todo, (...), no dispone de nada fuera de ella, y lo más primoroso de su arte consiste en que, sin salir de sus límites, absorbe en ella todo cuanto parece corrompido, viejo, inútil, y lo aprovecha luego para producir cosas nuevas de estos residuos, sin valerse de una materia extraña y sin tener un lugar donde echar la podredumbre. Bástale con el lugar que es el suyo, con materiales suyos y con su propia arte.»<sup>6</sup> Es así como la muerte misma está integrada y justificada en el plan cósmico: «ella es negación del punto de vista de los individualistas, pero afirma la continuidad del ser y de la vida»<sup>7</sup>. Todas las cosas, todos los fenómenos son interdependientes, y no son más que aspectos o manifestaciones diferentes de una sola y última realidad. Tenemos entonces una visión dinámica del mundo, en la cual el cosmos se inscribe en una fluidez de perpetuo cambio.

Todo forma parte de la naturaleza, por lo tanto, la divinidad está inmanente en el universo. «El mundo es gobernado por mente y Providencia»<sup>8</sup>. ¿Cómo surgió la creación? Al decir de Einstein: Dios no juega a los dados. Nada es obra del azar, todo obedece a un plan.

El azar es, por definición, sinónimo de dispersión y desorden. Es imposible hallar en él regularidad y coherencia. Por ello, la concepción estoica debe admitir la existencia de un ser que gobierna al mundo. No obstante, este demiurgo debe entenderse como uno y múltiple a la vez, como el principio del orden y la armonía; «un maestro de casa que ordena cada detalle (...) en la gran ciudad» del mundo. Aquella es la argumentación teológica de Voltaire: «L'universe m'embarrasse et je ne puis songer que cette horloge existe et n'ait point d'horloger» (El universo me perturba y yo no puedo soñar que este reloj exista y no exista un relojero).

No obstante, en tanto que para los estoicos la naturaleza posee un dinamismo que le es propio, es imposible tratarla como una materia inerte, puesta en el exterior por un dios artesano. Se trata de una potencia que se actualiza ella misma, de un ser multiforme dotado de voluntad, que dibuja él mismo sus propios fines. De ahí que se hable del modelo estoico como un *organismo*, en la medida en que sus múltiples

órganos tienen una individualidad real; pero a la vez están subordinados al Todo. La divinidad es el principio activo e inmanente de la naturaleza. De ahí la importancia de considerar la divinidad como una Providencia, no en tanto que ella cuida sus criaturas y sus necesidades, sino considerada como una armonía que contiene todos los decretos naturales. Es la fuerza intrínseca de la razón, la necesidad lógica de un mundo armónico.

El estoicismo se muestra entonces como una doctrina en la que todos sus elementos constitutivos se ven fuertemente relacionados. En efecto, cualquier vía que se aborde para resolver un problema conduce, necesariamente, al interior del sistema, demostrando así que el estoicismo se manifiesta como un organismo completo. A manera de conclusión, podemos decir entonces que el límite entre las cosas que dependen de nosotros y las que no, no es tan claro como lo planteó el estoicismo. En efecto, la intencionalidad en los actos del hombre se ve reducida completamente al poder de un destino ya establecido e incorruptible de la naturaleza. Es así como la propuesta estoica de la búsqueda de la felicidad resulta problemática si, en su interior, se le atribuye un papel activo y práctico al hombre.

Si bien el hombre puede actuar dentro del mundo, el logro de la felicidad como fin último de su vida nunca estará determinado por su intención. «Todo cuanto te va aconteciendo, te estaba preparado desde la eternidad.»<sup>9</sup> Es así que para la doctrina estoica, la felicidad es una concepción más limitada por las nociones de razón universal y Providencia, que por la realización del hombre como individuo poseedor de intenciones específicas e intereses particulares. El hombre es considerado, para los estoicos, como un medio, no como un fin.

De esta manera, podemos concluir que la felicidad, para los estoicos, es una condición ideal que sólo se puede alcanzar partiendo de la conciencia de que existe una naturaleza que se vale a sí misma, en la que se encuentra insertado el hombre. Así, la felicidad estaría por fuera del actuar de éste y dependería de su asimilación y sumisión a todo un sistema de preceptos. El logro de la felicidad, más que un asunto de ejecución, se volcaría en un problema de creencia. De esta manera, la corriente estoica se aleja de la praxis y se acerca peligrosamente al dogma.



#### BIBLIOGRAFÍA

Marco Aurelio (1992)  
*Pensamientos*, Universidad Autónoma de México.

Épictète (1986)  
*Entretiens*, Profile 738, Hatier, París.

Vireux-Reymond, Antinette (1972)  
*Pour connaître la pensée des stoiciens*, Bordas, París.

Vidal-Naquet, Pierre [Compilador] (1983)  
*Historia del pensamiento en Grecia y Roma*.



<sup>9</sup> Marco Aurelio, *Pensamientos*, VIII, 4.